

Descartes: las pasiones y el cuerpo. Comparación con la propuesta de Hume sobre percepción y objeto. Propuesta de Kant

*“Mi acción es la pasión”
Hamlet*

Para la elaboración del presente trabajo intentaremos abordar un análisis que nos permita entender algunas concepciones de estos autores y las semejanzas y diferencias que encontramos entre ellos. No seremos, como bien dice Edward Carr, “humildes siervos (...) de nuestros datos”¹, sino que, y poniéndonos en los zapatos de los historiadores, intentaremos mantener una relación “de igualdad, de intercambio”² con las nociones encontradas en los textos revisados.

Ahora bien, considerando que las producciones de estos autores han sido creadas en un tiempo y espacio determinados, hemos decidido articular las concepciones referidas a las pasiones con algunos elementos tomados de las artes plásticas para hacer de nuestro estudio una elaboración más totalizante. Tomemos a Philippe Ariès y agreguemos que además de que “la Historia es actualmente total, y no elimina ni los hechos políticos, ni militares”³ tampoco debería prescindir, para la conformación de una “estructura (...) o totalidad orgánica que agrupa los hechos bajo una forma e iluminación que le son propias en un momento del tiempo y en un punto del espacio”⁴ de los hechos artísticos. Observamos que éstos son lo que en una sociedad, en un determinado período histórico, en una determinada coyuntura político-cultural o en un cierto grupo social se decida que sean. Diremos que lo interesante de los fenómenos artísticos es que no resulta tan sencillo colocarlos dentro de una estructura, ya que son ellos mismos en sí, muchas veces reflejo de una historia. Tomemos prestadas algunas palabras del semiótico Roland Barthes acerca del cine, para ampliarlo a las demás artes, las cuales gravitan entre la realidad y el simbolismo, conformando una categoría que creemos superior, única, donde “...lo Real no conoce sino distancias, lo Simbólico no conoce sino máscaras, sólo la imagen (lo imaginario) está cerca, sólo la imagen es “verdadera...”⁵. Y es gracias a los símbolos que se vinculan las sensaciones, de donde brotan, siguiendo a Condillac, todas las demás nociones. Su concepción de las sensaciones no hacía más que trasponer la doctrina de los sensualistas ingleses, partiendo desde Locke, que afirmaba que la sensación constituía el origen del conocimiento humano.

Comencemos ahora un poco más ordenadamente a desarrollar las concepciones de Descartes. Pero antes de zambullirnos específicamente en el tema de las pasiones, deberíamos tal vez expresar someramente ciertas nociones de este filósofo a fin de entender mejor, luego, lo referido expresamente al cuerpo y lo pasional.

Este pensador nacido en La Haya en 1596 buscó fundar la ciencia sólidamente de modo absoluto y certero. Intentó buscar un método que le permitiese abandonar el conocimiento adquirido vía autoridad. Este método de fijar una creencia se refiere, siguiendo a Charles Pierce, “al procedimiento por el cual el individuo adopta las creencias que rigen en su comunidad o Estado y se atiene a ellas (...) reduciendo al

¹ Edward Carr, *¿Qué es la historia?*, Buenos aires, Sudamericana Planeta, 1986, pág. 39.

² Idem

³ Philippe Ariès, *El tiempo de la historia*, Buenos Aires, Paidós, 1988, pág 264.

⁴ Idem.

⁵ Barthes, “Saliendo del cine”, París, editores de la Escuela de estudios Superiores en Ciencias Sociales, 1975.

silencio a todos los que enseñan o defienden creencias diferentes a las establecidas”⁶ El criterio de autoridad que regía entonces era el aristotélico. Descartes se plantea una primera condición para la realización de su método, “no recibir jamás por verdadera cosa alguna que no reconociese evidentemente como tal”⁷. Busca una verdad que pueda ser creída por sí misma independientemente de toda tradición. Una verdad accesible a todo ser pensante. A su vez, por el mero hecho de ser sujetos pensantes, poseemos todos una serie de ideas innatas con las cuales opera nuestro conocimiento, el cual reduce a ellas cuantas nociones surjan de la percepción y representación. Por lo tanto, ¿dónde encuentra Descartes esa verdad absoluta si acaso no podía confiar ni en la autoridad ni en los sentidos puesto que “nuestros sentidos algunas veces nos engañan”⁸? Procede Descartes a dudar sobre todo y no sólo de las autoridades y del mundo sensible sino también de las verdades matemáticas. El proceso de la duda es llevado hasta las últimas consecuencias con la hipótesis del *genio maligno*. La duda se detiene en el hecho primario de que al dudar, se piensa que se duda. Dice Descartes: “me di cuenta de que mientras quería pensar de esta suerte que todo era falso, era preciso necesariamente que yo que lo pensaba fuese alguna cosa; y notando que esta verdad: *Pienso , luego existo*, era tan segura que las más suposiciones de los escépticos no eran capaces de quebrantarla...”⁹ Su primera certeza es pues que piensa. Es porque piensa dirá, que es una cosa que piensa. Y fácil es reconocer que lo pensante no es extenso, y lo extenso no es pensante. Por este motivo se forman así dos sustancias separadas y perfectamente definidas. La consecuencia de ello es un dualismo que separa y enfrenta al *res extensa* con el *res cogitans*. La primera estará regida por las leyes de la mecánica, por ser éstas medibles y cuantificables y la segunda estará vinculada con el sujeto gnoseológico. Sujeto por un lado y objeto por el otro.

Una vez diferenciados el objeto y el sujeto, Descartes se plantea que “por el hecho mismo de que yo pensaba dudar de la verdad de las otras cosas se seguía muy evidente (...) que yo existía. (...) Conocí de aquí que yo era una sustancia cuya esencia o naturaleza es pensar, y que, para existir, no tiene necesidad de lugar alguno ni depende de ninguna cosa material, de suerte que (...) el alma por la que soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo...”¹⁰

Retengamos la cita anterior mientras penetramos en los oscuros dominios de las pasiones y notamos que la previa delimitación de Descartes entre “el alma por la que soy” y el “cuerpo” es necesaria “para conocer las pasiones del alma”, ya que “es preciso distinguir sus funciones de las del cuerpo”¹¹. Lo que es pasión en el alma, es acción en el cuerpo. Procede pues a diferenciar funciones del alma y del cuerpo. “Así como no concebimos en modo alguno que el cuerpo piense (...) todas las clases de pensamientos que se dan en nosotros pertenecen al alma...”¹². ¿Ya que no piensa, qué hace el cuerpo? Descartes se dedica a explicar con suma minuciosidad las funciones de “la máquina de nuestro cuerpo”¹³ como si fuera un artefacto. Su análisis es anatómico y fisiológico, habla sobre la circulación de la sangre por venas y arterias y explica su recorrido. Menciona los nervios, explica que “todos los movimientos de los miembros

⁶ Charles Pierce, *The fixation of belief*, 1966, cap. 5

⁷ René Descartes, *Discurso del método*, Barcelona, RBA editores, 1994, segunda parte, pág. 16

⁸ Idem, cuarta parte, pág. 26

⁹ Idem, pág. 27

¹⁰ Idem, pág. 27

¹¹ René Descartes, *Tratado de las pasiones*, Barcelona, RBA editores, 1994, primera parte, artículo II, pág. 84.

¹² Idem, artículo IV, pág. 84.

¹³ Idem, artículo VII, pág. 86.

dependen de los músculos”¹⁴. Finalmente expresa que “todos los movimientos de los músculos, como igualmente todos los sentidos, dependen de los nervios, que (...) van a parar todos al cerebro y contienen (...) una especie de aire (...) muy sutil que se llama espíritus animales.”¹⁵ Luego se dedica a analizar las causas y consecuencias de los movimientos de estos espíritus por el cuerpo. Gracias a ellos concluye diciendo que “todos los movimientos que hacemos sin que nuestra voluntad contribuya a ello (...) no dependen más que de la conformación de nuestros miembros y del curso que los espíritus producidos por el calor del corazón siguen naturalmente en el cerebro, en los nervios y en los músculos...”¹⁶

Pasemos ahora a investigar un poco la cuestión de las funciones del alma. Ya enunciamos las ideas de Descartes sobre las funciones del cuerpo. Lo que hay que atribuirle al alma, “son nuestros pensamientos”¹⁷ que son de dos tipos: acciones, y pasiones. Digamos solamente que las acciones se refieren a todas “nuestras voliciones”¹⁸ y pasemos directamente a nuestro objeto de estudio: las pasiones, que son “percepciones o sensaciones o emociones del alma que se refieren particularmente a ella y que son causadas, mantenidas y fortificadas por un movimiento de los espíritus.”¹⁹ Sería oportuno precisar qué entiende Descartes por percepción y diferenciar su concepción de la de David Hume. El primero habla de aquellas para “designar todos los pensamientos que no son acciones del alma o voliciones” y procura aclarar que no se refiere a ellas para significar conocimientos evidentes...”²⁰ Las distingue pues de las “sensaciones que se refieren a los objetos externos...”²¹ Notemos que para el escocés David Hume, “todas las percepciones de la mente se reducen a (...) impresiones e ideas. (...) llamamos impresiones a todas nuestras sensaciones, emociones y pasiones tal como hacen su primera aparición en el alma”²².

Centrémonos pues en las pasiones del alma y considerando por lo expuesto arriba que lo que es acción en el cuerpo es pasión en el alma, dediquémonos a mencionar algunas de estas pasiones. Descartes nos habla de la admiración; del amor, “que es una emoción del alma causada por el movimiento de los espíritus que la incitan a unirse voluntariamente a los objetos que parecen serle convenientes”²³; del odio, que es causada de la misma forma que el amor pero aquí los espíritus incitan “al alma a querer separarse de los objetos que se le presentan como perjudiciales.”²⁴; del deseo, del cual dice que “es una agitación del alma causada por los espíritus, que la disponen a querer para el futuro las cosas que se representan como convenientes”²⁵; de la alegría, “la cual presenta como una emoción agradable del alma en la que consiste el gozo por el bien que las impresiones del cerebro representan como suyo”²⁶ y la tristeza, “una languidez desagradable en la cual consiste la incomodidad que el alma recibe del mal o del defecto que las impresiones del cerebro le representan como perteneciéndole.”²⁷

¹⁴ Idem

¹⁵ Idem.

¹⁶ Idem, artículo XVI, pág. 93.

¹⁷ Idem, artículo XVII, pág. 94

¹⁸ Idem.

¹⁹ Idem, artículo XXVII, pág. 99.

²⁰ Idem, artículo XXVIII, pág. 99.

²¹ Idem, artículo XXIX, pág. 100.

²² David Hume, *Tratado de la naturaleza humana*, Madrid, Editora nacional, 1981, primera parte, pág. 20.

²³ René Descartes, *Tratado de las pasiones*, Barcelona, RBA editores, 1994, segunda parte, artículo LXXIX, pág. 126.

²⁴ Idem.

²⁵ Idem, artículoLXXXVI, pág. 131.

²⁶ Idem, artículo XCI, pág. 134.

²⁷ Idem, artículo XCII, pág. 134.

Distingue la causa de la admiración, que se encuentra en el cerebro, de la causa para la alegría, el odio, la tristeza, el amor y el deseo, ubicables también en el corazón, bazo, hígado y en todas las demás partes del cuerpo. “en cuanto que sirven para producir la sangre y en consecuencia, los espíritus”²⁸. Veremos más adelante las nociones de Hume respecto de las causas de las pasiones.

Será suficiente pues lo enunciado hasta aquí para dejar conceptualizadas las ideas de Descartes acerca del alma, el cuerpo y las pasiones.

Sumerjámonos, antes de abandonar a Descartes en la escena artística de los años de su producción. Hablamos de los años de Luis XIV, quien se convirtió en símbolo mismo de su inmenso poder. La construcción del barroco palacio de Versalles, construido entre 1660 y 1680, generó que cada príncipe deseara tener su propio Versalles, cada pequeño monasterio de Austria o España quería competir con la impresionante magnificencia de Borromini y Bernini. Las ideas barrocas de la grandiosidad, riqueza visual, movimiento, tensión y exhuberancia eran moneda corriente en obras pictóricas de aquellos años. Sería más adelante, entrando en el 1700, cuando la intención del arte se inclinó hacia un mundo artificial y fantástico. La pintura, con la llegada del estilo Rococó reflejaba la frivolidad, elegancia y ensueño de la aristocracia. Alegres excursiones en parques maravillosos con vestimentas de sedas rutilantes fueron los temas principales de este estilo del cual Antoine Watteau fue uno de sus máximos representantes.

Abordemos ahora las nociones de David Hume relativas a la percepción y el objeto. Entendamos que si para Descartes el objetivo era lograr una ciencia matemática y deductiva, para Hume la ciencia deberá ser empírica, entendiendo que en el encuentro con la realidad, no debe apartarse de lo fáctico. Rompe entonces Hume con las ideas innatas de Descartes e incorpora la *tabula rasa*. Es a través de los sentidos como lo Real se inscribe en el sujeto. Continuando con lo mencionado más arriba, donde hablábamos de las percepciones, profundicemos diciendo que para este escocés éstas se dividen en impresiones simples y complejas e ideas, también simples y complejas. “Percepciones o impresiones e ideas simples son las que no admiten distinción ni separación. Las complejas (...)pueden ser divisibles...”²⁹. Dirá a su vez, que “toda idea simple posee una impresión simple que se le asemeja y toda impresión simple, una idea correspondiente.”³⁰ O sea que diremos que estas dos especies de percepciones “son exactamente correspondientes”³¹. Aclarará también que las impresiones simples precederán siempre a sus ideas correspondientes, y no al revés. Las ideas al ser imágenes de las impresiones, pueden “formar ideas secundarias que son imágenes de las primarias, como se ve por el razonamiento que hacemos acerca de ellas.”³²

Hume explica que las ideas no existen de manera inconexa, sino que se relacionan mediante “la asociación de ideas o principio por el que realizamos una fácil transición de una idea a otra”³³ “Las cualidades de esta asociación y por las cuales de este modo es llevado el espíritu de una idea a otra son tres, a saber: semejanza, contigüidad en tiempo y espacio y causa y efecto.”³⁴

Si para Descartes era desde las ideas innatas desde donde se articulaba el conocimiento, la percepción es la piedra fundamental en Hume. Una vez percibido el

²⁸ Idem, artículo XCVI, pág. 137.

²⁹ David Hume, *Tratado de la naturaleza humana*, Madrid, Editora nacional, 1981, primera parte, pág. 20.

³⁰ Idem

³¹ Idem, pág. 22

³² Idem.

³³ David Hume, *Una disertación sobre las pasiones*, Madrid, Editorial del Hombre, Ministerio de educación y ciencia, 1990, sección I

³⁴ Idem, Sección IV, pág. 26

objeto, nos queda una impresión de él que dejará una huella. “Una impresión, ya del alma, ya del cuerpo, va seguida constantemente de una idea que se le asemeja y es sólo diferente en grados de fuerza y vivacidad”³⁵ Es a partir de la impresión, de esa marca que queda, que se conforman las ideas. Si en Descartes las ideas (innatas) son el punto de partida para la adquisición de conocimiento, en Hume, las ideas son el punto de llegada. Las ideas se originan en las impresiones.

En lo que concierne a las pasiones en particular, si antes hemos dicho que para Descartes las pasiones se ubican en el cuerpo, en la juntura entre el cuerpo y el alma. Deducimos entonces que para este autor, provienen del interior mismo de cada sujeto. ¿Qué pasa con Hume? Como hemos mencionado, para él la impresión es lo primero, por lo cual las pasiones estarán relacionadas con el objeto, “algunos objetos provocan (...) una sensación agradable (...) y por eso son llamados buenos (...) del mismo modo que otros se ganan el apelativo de malos.”³⁶ Si el objeto no es considerado compuesto de bien o mal, sino que es considerado como probable o improbable, “en ese caso las pasiones contrarias estarán a la vez presentes ambas en el alma, y en vez de equilibrarse y atemperarse (...) subsistirán juntas y mediante su unión producirán una tercera impresión o afección, como la esperanza o el miedo”³⁷.

Hume distingue la causa de una pasión, de su objeto. En los casos del orgullo y la humildad, el objeto es uno mismo y la causa la excelencia o defecto. El objeto del amor u odio es alguna otra persona. En todas las pasiones, “las causas son aquello que excita la emoción, el objeto, aquello a que la mente dirige su mirada.”³⁸

Creemos que hemos podido presentar aquí la importancia que Hume le adjudica al objeto para referirse al tema de las pasiones. A pesar de no habernos detenido con precisión en todas ellas pudimos dar cuenta de las diferencias con Descartes en el asunto, y podemos agregar para finalizar que si para el francés la pasión no podía ser usada con fines racionales, ya que pensamos con ideas, para el escocés la pasión forma parte de la experiencia, es una percepción.

En tiempos de Hume, la norma del buen gusto en Inglaterra de Lord Burlington y Alexander Pope condenaba, por ejemplo, al estilo de Versalles que se realizaba en tiempos de Descartes por absurdo y artificioso. Todo el carácter del país “se oponía a los vuelos de fantasía de los diseños barrocos y a un arte cuya finalidad era producir una impresión abrumadora.”³⁹ Resulta interesante este último aspecto referido a la impresión, teniendo en cuenta que nos hayamos en tiempos de Hume. Pero dejemos por ahora la cuestión artística y sigamos adelante con el siguiente autor.

¿Qué dice Kant a todo esto? Pensemos primero en que para él, “el motor de la voluntad humana no puede ser nunca otro que la ley moral”⁴⁰ La moral para Kant estaría ligada a la voluntad moral, a la buena voluntad. Supone pues que lo que cada sujeto quiere debe ser elevado a esa ley universal. A su vez, esta ley moral supone un motor *a priori*. ¿Pero a qué se refiere con este *a priori*? Debemos diferenciarlo del innatismo cartesiano. Para Kant lo apriorístico supone que está libre de impulsos y sensaciones, libre de los sentimientos del Yo. “Así pues, el respeto hacia la ley moral es un sentimiento que está producido por un fundamento intelectual, y ese sentimiento es el único que nosotros podemos conocer enteramente *a priori*...”⁴¹ Deduciendo de lo

³⁵ Idem, Sección primera, pág. 22

³⁶ David Hume, Una disertación sobre las pasiones, Madrid, Editorial del Hombre, Ministerio de educación y ciencia, 1990, sección I

³⁷ Idem.

³⁸ Idem, Sección II

³⁹ Ernst Gombrich, La historia del arte, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, pág. 460

⁴⁰ Manuel Kant, Crítica de la razón práctica, México, Porrúa, 1998, cap. III, pág. 141.

⁴¹ Idem, pág. 142.

antes mencionado, el Yo para Hume sería un conjunto de asociaciones, no sería sustantivo, como en Descartes. Para Kant hay algo de trascendental en ese Yo, algo de la razón pura. Es un Yo que atravesado por un deber, también desea. "...nuestra naturaleza como seres sensibles, constituida de tal modo que la materia de la facultad de desear se impone primero y nuestro Yo, patológicamente determinable (...) se esfuerza en hacer valer sus pretensiones..."⁴²

Ahora bien, la ley moral impone respeto, "el respeto se aplica siempre sólo a personas"⁴³. O sea que el respeto no es aplicable al objeto, a este último le son aplicables "la admiración, la estupefacción (...) un hombre puede ser para mí objeto de amor, de terror (...) pero nunca de respeto..."⁴⁴. Diferencia entonces Kant el deber por un lado, como la acción conforme con la ley, y lo sensible por el otro, relegado al Yo. "Tal es la naturaleza del verdadero motor de la razón pura práctica; no es ningún otro que la ley pura moral misma, en cuanto nos hace sentir la elevación de nuestra propia existencia suprasensible y provoca subjetivamente, en los hombres que tienen conciencia al mismo tiempo de su existencia sensible y de la dependencia, con ella unida, de su naturaleza, afectada por eso muy patológicamente, respecto hacia su elevada determinación."⁴⁵. Detengámonos en lo patológico. Por qué habla Kant de una patología? Para Kant las pasiones están referidas a la *pathos* griega. Los sentimientos serían entonces algo así como enfermedades, patologías del Yo. En su texto, Sobre el poder de las facultades afectivas para dominar los sentimientos patológicos mediante el firme propósito, Kant hablará de las diferentes patologías que afectan o pueden afectar al yo. Con la dietética, se propone establecer ciertas prevenciones a fin de evitar enfermedades o malos hábitos. De la dietética dirá que es "filosófica cuando el poder de la razón en el hombre para dominar sus impresiones sensuales mediante una máxima dada a sí mismo determina el modo de vida; en cambio cuando para excitar o rechazar estas sensaciones se busca ayuda fuera de sí (...) entonces es simplemente empírica y mecánica."⁴⁶

Habiendo repasado a nuestro último autor esperamos haber sido claros y concisos en nuestra exposición. Podríamos añadir algo de la escena artística que envolvió a este último, pero por situarse tan próximo en el tiempo a Hume, sólo mencionaremos que por fines del siglo XVIII, el estilo Neoclásico se imponía con antonomasia en toda Europa.

⁴² Idem, pág. 143.

⁴³ Idem., pág. 144.

⁴⁴ Idem.

⁴⁵ Idem, pág. 152

⁴⁶ Manuel Kant, Sobre el poder de las facultades afectivas para dominar los sentimientos mediante el simple propósito, Bs. As., Aguiar, 1980.

Bibliografía

- Edward Carr, ¿Qué es la historia?, Buenos Aires, Sudamericana Planeta, 1986
- Philippe Ariès, El tiempo de la historia, Buenos Aires, Paidós, 1988
- Barthes, “Saliendo del cine”, París, editores de la Escuela de estudios Superiores en Ciencias Sociales, 1975
- Ernst Gombrich, La historia del arte, Buenos Aires, Sudamericana, 1995
- Charles Pierce, The fixation of belief, 1966
- René Descartes, Discurso del método, Barcelona, RBA editores, 1994
- René Descartes, Tratado de las pasiones, Barcelona, RBA editores, 1994
- David Hume, Tratado de la naturaleza humana, Madrid, Editora nacional, 1988
- David Hume, Una disertación sobre las pasiones, Madrid, Editorial del Hombre, Ministerio de educación y ciencia, 1990
- Manuel Kant, Crítica de la razón práctica, México, Porrúa, 1998
- Manuel Kant, Sobre el poder de las facultades afectivas para dominar los sentimientos mediante el simple propósito, Bs. As., Aguliar, 1980
- José Ferrater Mora, Diccionario de filosofía, Buenos Aires, Sudamericana, 1969